



# Nahui Atl: el Cuarto Sol, o Sol de Agua

Náhuatl.  
Versión de Andrés González Pagés.  
2005.



La humanidad había vivido ya tres épocas en la Tierra, y otras tantas los dioses la habían hecho perecer, casi siempre debido al mal comportamiento de los propios seres humanos.

La primera época o sol se había llamado *Nabui Océlotl*, o Sol Jaguar. Después de 676 años, un día 1 Ácatl, comenzaron los jaguares a devorarlos. Este proceso duró 13 años, y en un nuevo día 1 Ácatl el último hombre fue devorado. Entonces murió también el primer sol.

Luego nacieron otros hombres. Su sol se llamaba *Nabui Eécatl*, o Sol de Viento, y vivieron 364 años. Entonces, en un año 1 Técpatl, fueron arrastrados por ese viento y perecieron todos en un solo día, quedando convertidos en simios. El sol también fue arrastrado por el viento.

La tercera época o sol se llamó *Nabui Quiábuitl*, o Sol de Fuego. Esta vez, los hombres perecieron quemados. La destrucción de la tercera humanidad acaeció luego de 312 años, en el año 1 Técpatl, y también duró sólo un día, en el que llovió fuego y el sol mismo fue quemado por él. Los hombres se convirtieron en pipiltin, o "guajolotitos", y por eso ahora a las crías de las guajolotas se les llama pipilpípil, o "muchachitos".

Más tarde, pero aún antes de la época que los humanos estamos viviendo ahora, hubo un cuarto sol, que fue llamado el Sol de Agua o *Nabui Atl*. Los hombres de aquel sol vivieron otra vez 676 años. Entonces, en un año 1 Calli, y de nuevo en un solo día, fueron inundados y se volvieron peces. El agua creció durante 52 años seguidos, hasta que todos los montes desaparecieron.





Cuando esto iba a suceder, el dios Tlitacahuan Tezcatlipoca llamó a Nene y a Tata. Eran ellos una mujer y un hombre virtuosos que ya habían vivido durante la era o sol anterior, y que precisamente por su virtud habían sobrevivido a la destrucción del *Nahui Quiahuitl*.

Tata y Nene gobernaban ahora sobre una humanidad que los seguía en la virtud y los honraba como sus guías. Al llamarlos ante sí, el dios Tlitacahuan Tezcatlipoca les dijo:

—Ya no se preocupen por nada. Ahuequen un ahuehuete grande, para que entren en él cuando en la veintena del hueitozotli, o sea el comienzo de la temporada de lluvias, se hunda el cielo.



Y hagan una tapa para la entrada, la cual yo pondré cuando ya estén adentro. De este modo, el tronco podrá flotar cuando sea arrancado por la corriente del agua, y ustedes estarán siempre a salvo.

Marido y mujer comenzaron de inmediato la tarea que les había dado el dios, y trabajaron ahuecando el ahuehuete más grande que encontraron, hasta dejarlo en condiciones de ser habitado. Esto ocurrió a tiempo, o sea al llegar los veinte días llamados hueitotoztli, que hacían madurar la temporada de las lluvias.

Tlitacahuan Tezcatlipoca fue a visitarlos entonces a su casa y, luego de revisar muy bien lo que habían hecho, aprobó su trabajo. Como los esposos sabían que el dios les iba a ordenar meterse ya en el tronco ahuecado, al cual él mismo le pondría la tapa aislándolos del exterior, y como ya habían previsto esa situación, Nene le preguntó:

—Oh gran Tlitacahuan Tezcatlipoca, ¿qué comeremos Tata y yo en el interior de este tronco ahuecado mientras llueve hasta que el cielo se hunda?

—Una sola mazorca de maíz comerá él, y otra tú —le contestó el dios—. Y cuiden bien de comerla poco a poco, pues sólo así ese tiempo podrá ser el mismo que dure la lluvia.

Acto seguido, los esposos entraron en el tronco ahuecado y el dios, luego de despedirse de ellos, puso la tapa que los aisló del exterior. De inmediato la pareja comenzó a oír los truenos que anunciaban una fuerte



tempestad, y el ruido que afuera hacían ya las primeras gotas al golpear contra la madera.

¿Qué había ocurrido para que Titlacahuan Tezcatlipoca dispusiera la lluvia torrencial que iba a provocar el hundimiento del cielo, y que también la cuarta humanidad muriese, aun cuando ésta no venía comportándose indebidamente?

Lo ocurrido fue que, tiempo después de castigados con la muerte los seres humanos anteriores, la diosa Chalchiuhtlicue, la de la falda de jade, recibió la orden de Huitzilopochtli de convertirse en sol para hacer propicia de nuevo la vida en la Tierra.

Como gracias a la voluntad de esta diosa había suficiente agua, la vida proliferó. Y, como ya se ha dicho, siguiendo el ejemplo de Nene y Tata la humanidad entera progresaba en la virtud. O sea que los seres humanos trabajaban honradamente y vivían del producto de su trabajo. Después de cada jornada productiva, llegaba el merecido descanso, mismo que podía ir precedido, al gusto de cada quien, por diversas actividades recreativas o intelectuales. Había destacados deportistas, pintores, escultores y poetas.

Molesto por tanta bonanza de los hombres, el dios Titlacahuan Tezcatlipoca fue a hablar con la diosa Chalchiuhtlicue para corromperla, convenciéndola de que clavara su cayado en lo alto del monte Atépetl, y de este modo se desatara una tormenta que acabase de nuevo con la vida en el Tlaltipac, o sea precisamente la Tierra.

Como el propio dios había anunciado a Nene y a Tata, llovió tanto que el cielo perdió el equilibrio y se derrumbó sobre el planeta, cubriéndolo todo con agua.

Pero, sabedores de que había sido Titlacahuan Tezcatlipoca quien sin otra razón que la de su propio capricho había convencido a Chalchiuhtlicue para que cometiera tan grande atrocidad, los demás dioses ayudaron al resto de los seres humanos a no morir del todo, convirtiéndolos en peces.

Así, al encallar en arena nuevamente seca el ahuehuate ahuecado que había servido de refugio a Nene y a Tata, y al salir ellos otra vez al exterior, vieron peces en el agua baja y se les antojaron para desayunar.

Aquel día, que era 2 Ácatl, Nene y Tata pescaron tantos peces como creyeron necesarios para satisfacer su apetito, y con el propósito de asarlos encendieron fuego. La humareda del asado alcanzó a llegar al cielo, donde los dioses Citlalinicue y Citlallatónac, encolerizados porque alguien estaba matando a los seres que tanto ellos como los demás de su estirpe habían salvado, los convocaron a todos para cuestionarlos:

—Dioses; ¿quién está haciendo fuego allá abajo en el Tlaltipac? —preguntó golpeadamente la primera de las mencionadas deidades.

—¿Quién está ahumando nuestro cielo, que de seguro va a permanecer así de sucio un buen tiempo? —preguntó a su vez la segunda.

Las miradas de los demás dioses se dirigieron entonces a quien era el culpable en primera instancia, pues ninguno de ellos ignoraba que había sido Titlacahuan Tezcatlipoca, no sólo quien influyó en



la diosa de las faldas de jade para que provocara la pasada catástrofe, sino quien estuvo dirigiendo a la pareja de sobrevivientes a fin de que pudieran salvarse en el ahuehuete ahuecado. En ese momento, fue Quetzalcóatl quien lo reconvino con estas palabras:

—¡Creo que deberás ser tú mismo, Titlalahuan Tezcatlipoca, quien baje al Tlaltpac a castigar con la muerte a esa mujer y a ese hombre que están matando y devorando a los hombres a quienes, en forma de peces, los demás dioses salvamos de la inundación que bien a bien tú provocaste!

El increpado buscó en los rostros de los demás dioses una señal que le dijera si estaban de acuerdo con Quetzalcóatl para, de ser así, cumplir con tan severa

sugerencia. Para su fortuna, ya que no deseaba dar muerte a Nene y a Tata, Tláloc, dios de la lluvia, tomó la palabra y habló de este elocuente modo:

—¡Te ruego, oh enorme Quetzalcóatl, que reconsideres tu posición al respecto! Recuerda que esa pareja de humanos han sido siempre virtuosos, desde los tiempos del corrompido *Nahui Quíáhuatl*, y que, además, fue por el comportamiento virtuoso que ellos mismos inspiraron en toda la humanidad de esta última era, que Titlalahuan Tezcatlipoca los obligó a comer muy poco durante todo el día de la tempestad. Es lógico que ahora quieran saciar su hambre, ignorantes de que los pescados que asan son nada menos que algunos de sus antiguos y muy queridos súbditos...





Los demás dioses, y en particular el inculpado, comenzaron a cambiar su semblante, de los propios del disgusto o la preocupación, a los propios de la tranquilidad o de la esperanza.

—¿Qué opinan ustedes? —fueron interrogados los demás dioses por Quetzalcóatl.

—Yo quisiera solicitarles... —comenzó a decir Chalchiuhtlicue, con voz humilde.

—¿Sí, habla, diosa de la falda de jade! —dijeron al unísono Citlalinicue y Citlallatónac, que ya estaban mucho menos enojados que antes — ¿Cuál es tu posición en este delicado asunto? ¿Sigues queriendo destruir la vida de los humanos en el Tlaltipac, o prefieres que siga, aunque sea en la forma que ahora tiene?

—¡Gracias! —recomenzó, ya con más confianza, la de la falda de jade— Yo quisiera solicitarles a todos ustedes, y más que a nadie al poderoso Quetzalcóatl, que les concedan la vida a Nene y a Tata. Pienso, como Tláloc, en sus méritos anteriores, los que no podemos dejar de reconocer a riesgo de ser soberbios. Estaría de acuerdo, a cambio de ello, en que se les dé un castigo menor, porque, aunque sin saberlo, al fin y al cabo están alterando nuestra buena obra de haberlos preservado de la destrucción cuando el fin del “Nahui Quiáhuitl”. Y, por último, les pido me disculpen por haberme dejado corromper por Titlacahuan Tezcatlipoca, quien me convenció de desatar la tormenta fatal sobre el Tlaltipac.

—¿Muy bien, Chalchiuhtlicue!

—exclamaron todos los demás

dioses, excepto el inculpado, que sólo con la mirada y el semblante pudo apoyarla, temeroso de hablar en aquella circunstancia tan penosa para él.

—Y estás disculpada, a condición de que no vuelvas a dejarte arrastrar por ninguna propuesta mala —dijo Quetzalcóatl, que, como hemos venido viendo, llevaba la voz cantante en aquella reunión.

—¿Qué les parece, de tal modo —intervino otra vez Tláloc—, que sea el mismo Titlacahuan Tezcatlipoca quien decida el castigo menor que deberá imponerles a Nene y a Tata?

—¡De acuerdo! —se oyó exclamar al unísono.

Llegar al sitio del asado y ponerse a toser inconteniblemente a causa del humo, fue una sola cosa para Titlacahuan Tezcatlipoca.

—¿Qué haces, Tata? ¿Qué están haciendo? —los increpó tratando de hacer a un lado el humo, con las manos, para encontrar su mirada. Volvió a toser.

Aunque por igual Nene y Tata quisieron invitarle uno de los pescados que aún tenían en el asadón, el dios, habiendo montado en cólera, se dejó llevar por un impulso negativo, tomó el cuchillo de obsidiana con el que los esposos habían estado preparando su comida y les cortó a cada uno la cabeza.

Titlacahuan Tezcatlipoca recordó de inmediato que el encargo de sus compañeros dioses no había sido el de matar a la pareja, sino el de darles un castigo menor, y se sintió muy apenado.

Rápidamente buscó las cabezas y los cuerpos de Nene y Tata entre la humareda, para unirlos de nuevo como



era debido. Pero el humo seguía siendo tan denso, que no se fijó, al pegárselos, que no estaba haciéndolo por arriba, sino por abajo.

De tal modo, Nene y Tata quedaron convertidos en perros, y así tuvieron que vivir todos los años que faltaban para completar los 676 que duró el *Nahui Atl*, el Cuarto Sol, o Sol de Agua. Luego vendría el Quinto sol, que es el nuestro, en el que vivimos los seres humanos de hoy.

#### Referencias

foros.kallman.com.mx, chaneque.

López Austin, Alfredo, *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, UNAM, México, 2003.

Sánchez Secma, Jorge, *Análisis y síntesis del cambio climático*, División de Estudios de Posgrado, Campus Morelos, UNAM, México, 2004.

Tena, Rafael, *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, Conaculta, "Cien de México", México, 2002. Purépecha.

